

tras esperanzas son mundanas: puede suceder que hablemos del mundo con desprecio; pero en nuestra particular conducta, nuestros fines, nuestros juicios, nuestros afectos siempre son mundanos. Puede suceder tambien que mezclemos con ellos algunos pensamientos cristianos, que algunas ocasiones nuestros fines sean conformes con los de la fe, que en ciertos sucesos nuestras disposiciones sean cristianas y espirituales; pero estas no son mas que unas centellas de fe, por decirlo así, que desaparecen, unos intervalos de gracia que no interrumpen mas que por un instante el curso de nuestras disposiciones mundanas. Lo que predomina en nuestra conducta, lo que constituye el cuerpo de nuestra vida, lo que somos aun independientemente de nuestras reflexiones y aun cuando obramos naturalmente; en una palabra, el principio constante y como universal de todos nuestros dictámenes interiores y de todos nuestros pasos exteriores es el espíritu del mundo; no tenemos que hacer mas que sondear nuestro corazon y nos veremos precisados á confesarlo. Pero el espíritu de Dios no habita en donde reina el espíritu del mundo. Es verdad que suele impelernos, excitarnos, inspirarnos santos deseos, despertar nuestra poca fe, pero no reina en nuestro corazon; llama á la puerta pero aun no le hemos recibido; deja caer en nuestra alma algunas centellas de su divino fuego, pero no ha venido él mismo á habitar en él.

Pertenece, pues, todavía al mundo y á su espíritu; bajo unas exterioridades religiosas y arregladas conservamos un corazon mundano; con apariencias de vida estamos aún en la muerte y en la culpa, y acerca de esto rara vez nos examinamos; juzgamos de nosotros mismos por la conducta exterior que es irreprochable y por ciertas obras de religion á que el mundo da el nombre y la reputacion

de piedad; pero no cuidamos de preguntarnos, ¿es el espíritu del mundo ó el de Jesucristo quien me gobierna y quién me anima? Si aun me parezco al mundo en mis deseos, en mis alegrías, en mis fines, en mis juicios, en mis pesares, en mis deseos, en mis delicadezas, en mi soberbia; finalmente, en todas las disposiciones de mi corazon, no pertenezco al espíritu de Jesucristo, luego aun es el mundo el espíritu invisible que me anima y me posee: si mi corazon no se muda y se renueva, pereceré con el mundo, pues él está ya juzgado; la salvacion no es para él y su condenacion es inseparable de la mia mientras que yo no forme mas que un mismo espíritu y un mismo todo con él. *Primera reflexion.*

Segunda reflexion. El segundo carácter del espíritu de Dios consiste en ser un espíritu de abnegacion y penitencia. Y este carácter es consecuencia necesaria del recogimiento y vida interior de que acabo de hablar.

A la verdad, católicos, luego que el espíritu de Dios nos llama dentro de nosotros mismos y hace que habitemos dentro de nuestro corazon, nos descubre lo que somos, nos hace patentes todos los horrores de nuestras pasadas costumbres, hace que conozcamos en nosotros mil pasiones y mil miserias que nos habian ocultado la distraccion y ceguedad de la vida mundana; nos manifiesta toda la corrupcion de nuestras inclinaciones, la hinchazon de nuestro corazon, la oposicion que tenemos al bien y á la justicia, la herida que el mundo y las pasiones han hecho en nuestra alma; nos convence de que estamos sepultados en un desorden universal respecto de los verdaderos bienes; que nuestra voluntad, nuestro espíritu, nuestra imaginacion, nuestros sentidos y nuestro cuerpo, todo está desordenado en nosotros y rebelado contra el orden, contra la verdad y

la justicia: *Arguet mundum de peccato*,¹ dice Jesucristo.

Es, pues, imposible que descubriéndonos este oculto y universal desorden de todas las dificultades de nuestra alma, no produzca en nosotros dos disposiciones: la primera restablecer el orden que ha turbado en nosotros el pecado; la segunda, vengar la justicia de Dios ultrajada con este desorden.

Dije en primer lugar, *restablecer el orden que ha turbado en nosotros el pecado*, porque las luces de que llena al corazón el espíritu de Dios, no son luces estériles, sino unas luces vivas y eficaces; este espíritu obra en todas partes donde se halla y hace amar las verdades que enseña, porque muda el corazón á quien ilumina. Las almas mundanas pueden, á la verdad, conocer el desorden de su corazón y la corrupción de sus inclinaciones; pero solo lo conocen por las inquietudes que padecen y no por la turbación del buen orden, y como estas luces no son mas que secretas reprensiones del amor propio, aunque hagan aborrecer sus males no hacen amar el remedio.

Pero una alma renovada con el espíritu de Dios aborrece en sí todo cuanto ve que se opone á la verdad y á la justicia. Las nuevas luces, que casi en cada acción la manifiestan el desorden de sus afectos é inclinaciones, la animan con un santo celo para encaminarlas al orden y á la regla.

De este modo, á proporcion que conoce en las particularidades de su conducta que su corazón, corrompido aún con la soberbia, se altera con la más leve humillación, la busca y se la proporciona; si ve que se entrega á antipatías y rencores secretos, le castiga precisándole á demostraciones

¹ Joann. 8. v. 36.

exteriores de complacencia y caridad; si ve que tiene inclinación violenta á las distracciones y deleites, le castiga con el recogimiento y el retiro; si ve que aun conserva inclinaciones viles y frívolas al adorno y á la vanidad, le reduce á la sencillez y á la modestia; si ve que los deseos de agradar inficionan aún todas sus acciones, huye de las ocasiones ó desprecia los medios; si ve que ciertas obligaciones le hallan aún repugnante y rebelde, añade á ellas obras de supererogación, para que obligándole á pasar mas adelante, se le haga mas soportable la regla.

Finalmente, pone todo su cuidado en restablecer en su corazón con continuas violencias el orden que las pasiones injustas habian turbado en él. Nada se perdona, detesta lo que no puede corregir; cuando los cuidados y los esfuerzos son inútiles, recurre á los gemidos y padece mas con las miserias que aun no puede curar, que con las violencias que se hace para libertarse de aquellas de que la purifica la gracia.

Esta es la primera disposición para este espíritu de abnegación y penitencia que obra en nosotros el espíritu de Dios, y de aquí podemos fácilmente inferir si le hemos recibido ó si aun vivimos con el espíritu del mundo.

Porque el espíritu del mundo es un espíritu de pereza y de falta de mortificación; es espíritu indulgente para todas nuestras desarregladas inclinaciones, cuidadoso de satisfacerlas y hábil en justificarlas; un espíritu de amor propio que las gobierna y detiene acerca de las trasgresiones esenciales para excusarse de los remordimientos, pero que en todo lo demás se entrega y deja arrastrar de ellas; porque no debemos creer que el espíritu del mundo nos guía siempre á desórdenes torpes y manifiestos; es un espíritu artificioso que como el espíritu de Dios, sabe tomar diferentes

formas: *Multiformis spiritus*; lo que intenta es corromper el corazón y desordenarle; con tal que lo consiga poco le importa el que sea por medio de pasiones torpes ó de una multitud de inclinaciones mundanas, las que aunque puede suceder que consideradas cada una de por sí no sean pecaminosas, no obstante, estando juntas y subsistiendo habitualmente en el alma, forman un corazón mundano y un estado de muerte y de pecado, que nos separa de Dios y nos priva de su espíritu como la vida mas culpable.

Y así llamo corazón mundano y vacío del espíritu de Dios, en una vida por otra parte arreglada, á un corazón nada mortificado, enemigo de la violencia, y que en todo lo que mira á sus deseos, ó indiferentes ó levemente malos, no busca mas que su satisfacción sin saber contradecirse en nada; á un corazón que no quiere privarse de nada de cuanto le separa visiblemente de Dios, y que aun en las obligaciones esenciales extiende la pereza y la indulgencia para con sus pasiones hasta los últimos límites que la acercan al pecado y trasgresion, aunque ésta no llega á consumarse en la presencia de Dios; á un corazón que se entrega á sus rencores y á sus antipatías con tal que no lleguen á ser un aborrecimiento mortal y furioso; á sus impaciencias y á su genio, con tal que no lleguen á ser ruidosas y escandalosas; á las diversiones y placeres, con tal que de ellos se destierren los excesos y delitos; á los deseos de agradar, con tal que no tengan alguna resulta notable y pecaminosa; al amor de la elevacion y de la fortuna, con tal que para esto no se valgan de medios odiosos ó injustos; á buscar gustos y comodidades, con tal que no se mezclen con ellas deleites culpables; á la vanidad y á la magnificencia, con tal que el mundo no se escandalice, y se añadan á esto algunas santas liberalidades;

finalmente, á todas las mitigaciones posibles acerca de la obligacion, como parezca que las mismas obligaciones quedan ilesas.

A este corazón es á quien llamo mundano y de quien digo que no habita en él el espíritu de Dios, porque aun subsisten en él todas las inclinaciones del mundo; pues el espíritu de Dios hace en nosotros, como dice el apóstol, divisiones y separaciones dolorosas, arranca, corta hasta lo vivo, llega hasta las mas secretas inclinaciones de nuestro corazón, á separar la carne del espíritu, los afectos humanos de los movimientos de la fe, el artificio de las pasiones de las obras de la gracia: *Vivus, et efficax pertingens usque ad divisionem animæ, et spiritus.*¹

¿Es este, pues, el espíritu que hemos recibido? Es verdad que nuestra vida presente está exenta de los grandes delitos; ¿pero qué violencia hacemos á todas nuestras inclinaciones? ¿cuánto nos cuesta el combatirnos á nosotros mismos y el vencernos? ¿qué cosa negamos á nuestro corazón y á nuestros deseos? ¿qué adelantamos con los ejercicios de piedad, de la que hacemos profesion, sobre nuestras inclinaciones desarregladas y mundanas? ¿en qué parte de nuestra vida se hallan los sacrificios y las violencias? El mundo nos lisonjea, la proporcion de nuestro estado nos lo facilita todo. La malicia de los hombres nos ofrece mil ocasiones de violentarnos; ¿pero en dónde están las que nos proporcionamos nosotros? ¿dónde están las que la fe nos hace indispensables, y á las que nos impele el espíritu de Dios? ¿qué es lo que padecemos para ser de Dios? ¿qué cuesta esto á nuestras pasiones, á nuestras comodidades, á nuestra pereza? La regularidad de nuestras cos-

¹ Heb. 4. v. 12.

tumbres acaso es efecto del temperamento ó de la circunspeccion que nos imponen la edad y el mundo. Nada nos ha costado el llegar á este estado; de este modo, no negando nada por otra parte á nuestras inclinaciones, toda nuestra vida es una vida falta de mortificacion y llena de pereza, sin que en nosotros se halle ninguna violencia, ninguna abnegacion, ningun sacrificio de nuestros mundanos afectos, y consiguientemente aun somos del mundo y el espíritu de Dios no habita en nosotros. La segunda disposicion de este espíritu de abnegacion y de penitencia, que es el carácter del espíritu de Dios, es el vengar la justicia divina, ultrajada con el desorden de nuestras pasiones; quiero decir, que la violencia nos es indispensable, no solamente por la necesidad que tenemos de reglar y reformar nuestro corazon reprimiendo sus desordenados afectos, sino tambien por la obligacion en que estamos de satisfacer á la divina justicia, á quien hemos irritado con el desorden de nuestros afectos: este es el primer pensamiento que el espíritu de Dios obra en una alma renovada; la hace que tome parte en los intereses de la divina justicia contra sí misma, la penetra con el temor de sus juicios, la anima con un santo celo contra una carne que ha servido á la iniquidad. El espíritu que os prometo, decia Jesucristo á sus discípulos, convencerá al mundo en orden á la justicia y en orden al juicio: *Arguet mundum de justitia, et judicio.*¹ Esto es, dará á conocer á los hombres cuán responsables son á la divina justicia de sus desórdenes, cuánto deben padecer para satisfacerla, cuánto he padecido yo mismo por reconciliarlos con ella, y hasta qué punto pide la justicia que el pecador se castigue á sí mismo.

¹ Joann. 16. v. 8.

para expiar sus delitos y prevenir la severidad de los juicios del Señor, que no puede dejarlos sin castigo: *Arguet mundum de justitia, et judicio.*

Para conocer, pues, si hemos recibido el espíritu de Dios, no tenemos mas que hacer que entrar dentro de nuestro corazon. ¡Advertimos en nosotros aquel celo de penitencia que no se satisface ni con las lágrimas, ni con los gemidos, ni con las mortificaciones, porque nunca se persuade haber suficientemente satisfecho á la justicia divina? ¡hacemos de las obligaciones de nuestro estado, de las incomodidades inseparables de la vida humana, de todas las criaturas que nos cercan, otras tantas ocasiones de sacrificios y sufrimiento? ¿nos quejamos en la presencia de Dios de la flaqueza de nuestra carne y de que no podemos hacer de ella con rigurosas satisfacciones el instrumento de nuestra penitencia, como lo fué de nuestros delitos? ¿la castigamos á lo menos segun sus fuerzas, aun cuando nuestra cobardía y flaqueza no nos permitan pasar mas adelante? ¿nos miramos como pecadores á quienes están prohibidos todos los deleites, y que solo pueden evitar la muerte eterna que por sus pecados han merecido, condenándose á una muerte temporal, esto es, muriendo todos los dias con la penitencia al mundo, á su carne, á sus deseos y á todas las criaturas?

¡Ah! todos nuestros cuidados se reducen á halagar á una carne á quien la justicia divina mira con horror y con ojos de indignacion y furor; solo somos ingeniosos para justificar en nosotros mismos nuestra falta de mortificacion y nuestra sensualidad. Miramos la obligacion de la penitencia, que nos es necesaria y esencial respecto de nuestros pasados delitos, como una obligacion indiferente y de supererogacion; en vez de estar animados de un santo celo con-

tra nuestro cuerpo, tenemos horror á todo lo que le molesta y mortifica; en vez de tomar parte en los intereses de la justicia divina, pleiteamos continuamente en nuestro favor contra ella; nos desagrada el que pida tanto á nuestra flaqueza, nos parece que sus pretensiones son excesivamente severas, mitigamos el rigor de sus máximas, las interpretamos en favor de nuestro amor propio, minoramos sus derechos aumentando los de nuestra concupiscencia; finalmente, amamos mas á nuestro cuerpo que á la justicia de Dios que pide su castigo, y el espíritu que nos anima no es espíritu de celo y de penitencia, inseparable del espíritu de Dios, sino un espíritu de carne y sangre que nunca llegará á poseer el reino prometido á la cruz y á la mortificación.

Tercera reflexion. Finalmente, el último carácter del espíritu de Dios es ser un espíritu de fuerza y de valor; como este es un espíritu que venció al mundo, trastornó los ídolos, aniquiló las supersticiones, confundió las preocupaciones, condenó los errores y las sectas, combatió contra las pasiones; en una palabra, como es un espíritu mas fuerte que el del mundo, no teme al mundo. Por eso los apóstoles, antes flacos y tímidos, á quienes habia intimidado la voz de una mujer, dispersos por la muerte de Jesucristo, y que escondidos en Jerusalem no se atrevian á exponerse al furor de los judíos y dar testimonio de la inocencia de su Maestro y de la verdad de su doctrina, luego que descendió sobre ellos el espíritu de Dios, ya no conocen estos temores; se manifiestan con una santa confianza en medio de Jerusalem, anuncian en presencia de los sacerdotes y doctores á aquel Jesus de quien antes no se atrevian á declararse por discípulos; no solo no temen los públicos discursos, sino que desprecian sus amenazas; desa-

fían á los suplicios, responden con valor que es mas justo obedecer á Dios que á los hombres, y como si la Judea no presentara bastantes peligros ni bastantes persecuciones á su valor, se derraman por todo el universo, y ni la ferocidad de los mas bárbaros pueblos, ni el horror de los tormentos, ni la crueldad de los tiranos, ni la esperanza de la muerte mas terrible, ni el mundo entero, levantado contra ellos, hace mas que aumentar su firmeza y su constancia.

Así es el alma que está llena del espíritu de Dios, de aquel espíritu que ensalza ó humilla á las personas segun su gusto; que se burla de los grandes y poderosos, que trastorna ó asegura los nombres y las fortunas; que forma ó destruye los reinos y los imperios; aquel espíritu, origen de toda grandeza en el cielo y en la tierra, y en cuya presencia son nada todas las cosas; eleva al alma á quien llena sobre sí misma; la hace participar de su grandeza y de su soberanía; imprime en ella sus divinos caracteres de libertad y de independendencia; la lleva hasta el seno de Dios, desde donde mirando está alma todo el universo, las grandezas y poder de la tierra no le parecen mas que un átomo vano, incapaz de intimidarla y aun indigno de su vista y atencion.

No hay cosa, pues, que iguale á la elevacion, nobleza y firmeza de un alma á quien posee el espíritu de Dios. La elevacion y firmeza que da el mundo siempre está mezclada de condescendencia y de bajeza, porque siempre está sujeta al mundo y depende de él por alguna parte; mientras estamos unidos al mundo siempre le tememos; pero una alma justa no le teme, porque no está unida á él; sus juicios la son indiferentes, sus discursos y burlas no la inquietan mas que el sonido de una campana que resuena; hace gala de la virtud de lante de los mismos que la desprecian; solo ce-